

CASTILLO DE ALGAR Y ARROYO DE LAS TIJERAS (Parque Natural de las Sierras Subbéticas)

Al suroeste de Carcabuey se localizan las ruinas de un castillo de incierto pasado. A sus pies se extienden unas cuantas casas, el poblado de Algar, que aunque en la actualidad muestra el aspecto de un moderno caserío, con la mayoría de sus casas de reciente construcción, en realidad acumula al menos ocho siglos de existencia, como lo demuestra las viejas piedras que aún se mantienen erguidas en el cerro contiguo.

De la confluencia del arroyo de Fuentecastilla y del Algar, surge el arroyo de las Tijeras, que se abre paso entre la Sierra de Gaena y Gallinera, saliendo del término de Carcabuey para penetrar en el de Rute, en busca del río Anzur. Estos cursos de agua mantienen una relativamente bien conservada vegetación de ribera, con álamos, chopos y fresnos. Un bonito y estrecho sendero que discurre por la margen derecha del arroyo de las Tijeras nos permitirá conocer bellos rincones, como el cortijo de la Pililla y el Peñón de la Salina, en cuya base el arroyo ha excavado algunas pozas y formado pequeños saltos de agua.

INICIO: Aldea de Algar, en el kilómetro 3 de la carretera CO-7212.

FINAL: Kilómetro 5 de la carretera CO-8213, cerca del hotel Cortijo La Prensa.

DISTANCIA: 12 kilómetros aproximadamente.

DIFICULTAD: Dificultad media-baja. En general, senderos y caminos en buen estado. Prácticamente todo el recorrido es en descenso, menos al principio, con la subida al castillo de Algar. Las últimas lluvias han provocado que se hayan desmoronado los taludes de algunos arroyos, como el de la fuente del Francés, dificultando un poco el paso.

DESCRIPCIÓN:

Al poblado de Algar podemos llegar desde Carcabuey tomando la carretera de Rute (A-3226), para, antes de llegar a los Villares, tomar un desvío a la derecha, la carretera CO-7212, que se asienta sobre la vía pecuaria *colada de Escuchagranos*; o bien acceder a dicha carretera desde Cabra o Lucena, pasando respectivamente por los poblados de Gaena y El Nacimiento (de Zambra). En el kilómetro 3 de dicha carretera se encuentra el poblado, que prácticamente lo componen dos calles: la que va hacia el norte, que se continúa con el camino de Escuchagranos; y la que se dirige hacia el sur, donde está el mesón Rafi, que es la que debemos tomar y que se prolonga con un camino cementado que finaliza en el cortijo Salazar, con una fuente y huerta con nogales, membrillos e higueras.

Al frente tenemos el promontorio rocoso donde se ubica el castillo, en la cota 740 metros, reducto de vegetación natural en un paisaje dominado por el cultivo del olivo. Por este lado el ascenso es bastante escarpado. Es mejor rodearlo por el Oeste, en el límite del olivar, hasta que demos con un sendero algo empinado, que entre un matorral de retamas, majuelos, rosales silvestres, lentiscos, cornicabras, jaras blancas y matagallos, incluso algunas encinas, quejigos y acebuches de pequeño porte, nos conduce hasta las mismas ruinas.

Desde las ruinas del castillo de Algar baja un crestón calizo en dirección al poblado del mismo nombre. En la estribación del citado crestón, sobre el contacto con el olivar, se alinea una pared rocosa, que forma una especie de arco, como si fuera una curiosa cueva de materia vegetal. Entre las rocas se aferran higueras y hiedras, y por debajo nace un manantial protegido por un dosel de zarzas y zarzaparrillas. La exuberante vegetación impide apreciar que en el centro se inserta un abrigo que ha venido en denominarse cueva de Algar o cueva de Salazar. Ambos topónimos son homónimos y derivados respectivamente del núcleo poblacional junto al que se halla y de la zona y cortijo junto al cual se ubica.

La aproximación final, por la intrincada vegetación existente bajo la boca de la cavidad puede ser bastante complicada, y en particular si no lo hacemos por el lugar adecuado. Los bloques desprendidos que se observan en el lugar demuestran que el origen de este abrigo seguramente se deba a los desplomes del farallón calizo bajo el que se ubica.

Datos técnicos de la topografía de esta cueva, así como sus coordenadas exactas, podemos encontrarlas en el número 336 de la revista Carcabuey, de diciembre de 2014. En este artículo, escrito por Rafael Bermúdez Cano y Abén Aljama Martínez, miembros de Grupo Espeleológico G-40, se puede leer como este abrigo sirvió de albergue provisional para personas ambulantes, y hasta hace unos cuarenta años también como cochinería colectiva (cada propietario de los cortijos cercanos tenían su propio animal, sumando en total más de veinte cerdos).

En todo caso, la cueva de Algar, el manantial que mana a sus pies y las buenas tierras para el cultivo, hacían este lugar idóneo para un asentamiento durante la prehistoria reciente. De hecho, en los años 80 del pasado siglo Juan Bernier informaba del hallazgo de material lítico *“a la subida desde los cortijos y casas de Algar hasta el castillo de Algar, cueva con un manantial muy digna de estudio”*, hecho contrastado por los lugareños que afirman haber encontrado junto a la cueva hachas de piedra, mazos y otros útiles pétreos.

Podemos dar un rodeo algo más largo, pero más cómodo para llegar al castillo de Algar. En ese caso debemos continuar por el camino que desde el cortijo Salazar se dirige hacia el sur, y que acaba conectando con el camino provincial CP- 175 a la altura del cortijo de la fuente del Francés. Antes, cuando lleguemos a las ruinas de un cortijo al lado de un viejo quejigo, debemos abandonar el camino para ascender campo a través por el límite del olivar con el monte hasta las ruinas del castillo.

Lo que queda de esta fortificación de frontera es muy poco, pero la belleza del enclave bien merece una visita. Como dijo Juan Bernier, *“El Algar se nos presenta a los ojos como un grabado de Parcerisa, donde se mascan entre los derrumbados muros, sombras de guerreros con cotas de malla y*

apariciones de nocturnos banquetes, con los bueyes de las razzias fronterizas, asándose en inmensas hogueras..." Se conserva una torre rectangular, en gran parte abierta y derrumbada, de dos plantas, que continúa por un muro de 1,20 metros de espesor del que falta su parte intermedia y se completa con otra torre de iguales proporciones a la anterior, de la que sólo se adivinan los cimientos. Todo mide unos 39 metros de longitud y es de fábrica de mampostería, aunque la parte baja de la torre mejor conservada va reforzada con sillares y una piedra de molino recientemente sustraída. Es posible que esto fuese un zócalo de mampostería continuado por tapial a partir de determinada altura. El cuerpo de mampostería, como aún se puede apreciar, iba enlucido de mortero. Según Valverde y Toledo, da la impresión que esto es todo lo construido, quizás porque la altura de las rocas subyacentes fuera un impedimento para ascender por allí. Sin embargo, Corte y Ruano indicó en 1842 que el lado opuesto al conservado se había derrumbado hacia un profundo valle que dominaba y defendía, dejando ver los estribos de las otras dos torres que lo flanqueaban. De modo que sería un recinto completamente cerrado, como cualquier otra fortificación de la época.

Para Sarthou se trata de una fortificación romana, pero en su emplazamiento no se aprecian restos cerámicos o al menos se han agotado en su superficie. Se cree que se trataría más bien de un *castella-montana*, como tantos otros que abundan en las proximidades - Zambra, Carcabuey, Rute - o que han desaparecido, como Riberas, Tiñosa y Bella. En opinión de Rafael Carmona Ávila, arqueólogo municipal de Priego de Córdoba, la torre del extremo oeste es una construcción típicamente nazarí, por lo que su origen más probable puede corresponder, como también indica R. Osuna Luque, a esta época. No obstante, esto no excluye que se hayan producido posteriores reconstrucciones cristianas, ya que, como señala Rafael Carmona, el emplazamiento sería luego una villa cristiana. La denominación del castillo procede del árabe "al-gar", término antiguo que aún sigue utilizándose en Andalucía y que significa cueva o caverna. Las altas e imponentes rocas que lo circundan por el Norte forma una pared extraplomada, con grietas y concavidades, que justifica sobradamente el mencionado apelativo, como ya hemos comentado.

El castillo da frente a la sierra de la Horconera, donde se sitúa una fortificación, la conocida como Jardín del Moro, en la cota 1.200; más allá, en la misma dirección, la Tiñosa, al sureste Rute, al norte la sierra de Cabra y al oeste la sierra de Araceli, todos puntos de referencia con los que se puede contactar. Este castillo era vigilante del antiguo camino y del arroyo Algar. Según Rafael Carmona Ávila, la población de Algar estaría asentada en la ladera más suave (sur), a tenor de los restos que aún se observan en ella, ocupando el castillo la cota más alta del lugar.

Los primeros datos históricos de que disponemos sobre Algar, recogidos por Manuel Nieto Cumplido en el tomo I de su *Corpus Mediaevale Cordubense*, están referidos al 28 de marzo de 1253, día en que el maestre de Calatrava da a Arias Pérez, mientras viva, el castillo de Algarín, situado entre Pesquera y Priego, para que lo pueble y labre, según el fuero de Priego, reservándose el diezmo que pagarían los pobladores. Se sospecha que tal Algarín puede corresponder a Algar, ya que no vuelve a aparecer este castillo en época medieval y la toponimia y situación coincide con Algar. Lo mismo ocurre con Pesquera, lugar próximo, del cual eran unos moros que fueron enviados por el rey de Granada, a petición de Alfonso X, para resolver una cuestión de límites entre Priego, Algar y Carcabuey con Tiñosa, contienda que acaeció en 1262, entre el cabildo de la catedral de Córdoba y la orden de Calatrava. Con este litigio la orden militar pretendía confirmar el término de su villa Tiñosa, en relación con los colindantes. Para zanjar el pleito, Alfonso X ordena por carta fechada en el cerco de Niebla (Huelva), el domingo 12 de febrero de 1262, que los alcaides de Santaella y Écija, llamados Ordón Pérez y Aben Porcoz respectivamente, así como el moro de Écija llamado Alhaiari y otros moros enviados por el rey de Granada pero naturales de Rute, Iznájar, Pesquera y Cabra, como concedores de los términos tal como estaban "en tiempos de los moros", amojonasen de nuevo los términos entre Priego y Tiñosa, Carcabuey y Tiñosa, y Algar y Tiñosa. Este documento sería de gran utilidad para conocer algunos de los límites de Algar, en concreto, los límites suyos con Vichira (o Tiñosa, hoy Jardín del Moro) y Carcabuey, pero la difícil identificación de los topónimos mencionados hace complicada la tarea de fijar hoy sobre el papel esos límites. En el documento se dicen que éstos iban

desde la Sierra llamada Cabras hasta la Sierra de Biscot, pasando por Besmece, la Cabeza de la Sierra, el lugar llamado Alquinez, CudiatEspariel y el "otero de las encinas".

Además del documento citado, la toponimia Algar, tal cual, aparece con anterioridad, en un documento de 1256. Se trata, concretamente, de una carta fechada en Martos (Jaén) el día 6 de mayo de ese año por la que el obispo de Jaén, don Pascual, establece una concordia con el maestre de Calatrava don Pedro Iváñez sobre los derechos episcopales que dicha orden tenía en ciertos lugares del obispado de Jaén, entre los que se encontraba Algar (al igual que Martos, Porcuna, Bóvoras, Locubín, Alcaudete, Priego, Zambra, Zagra, Carcabuey y Albendín), pacto en virtud del cual los vecinos habrían de pagar los diezmos a la orden militar en vez de al obispado, como venían haciendo hasta ahora. La orden de Calatrava recibiría esos diezmos tanto en aceite como en ganado, corderos, lana, queso y minucias. También se acuerda que los frailes de la orden residentes en estos lugares no tendrían que entregar al obispo diezmos de sus tierras y ganados. En cuanto a los diezmos de los criados y vasallos de acostamiento de la orden, estarían obligados a entregar un tercio al obispo de Jaén, mientras que los otros dos tercios se entregarían al comendador de Calatrava. Éste se reservaba el derecho a percibir el diezmo a que estaban obligados los moros vecinos de estos lugares con el consentimiento del obispo. De todo lo dicho se deduce que Algar debió ser una de las poblaciones donadas por Fernando III a la orden de Calatrava en la frontera lindante con el obispado de Jaén

Un documento de 1488 nos relata un hecho singular: la toma de posesión del cabildo catedral de Córdoba del castillo de Algar y su término en la sierra de la Tiñosa, pertenencia de mucho tiempo antes pero que la proximidad y riesgo de las correrías moras no habían permitido hacer uso de ellas. Por tanto, Algar y Tiñosa no fueron recuperados por el cabildo catedralicio hasta esa fecha, cuando comienzan a ponerse en explotación como simples propiedades territoriales arrendadas a vecinos de Cabra.

Una vez visitadas las ruinas del castillo de Algar, debemos regresar al cortijo en ruinas donde abandonamos el camino, y continuar por el mismo en

dirección suroeste, rodeando el cerro de las Cabezas. El camino asciende hasta la cota de 750 metros, ofreciendo buenas vistas de las sierras situadas al sur del Parque Natural de las Subbéticas y, si el día está claro, también de algunas de la provincia malagueña, como el Camorro de Cuevas de San Marcos, Torcal de Antequera, y los picos Capilla y Huma ya en la zona de El Chorro. El camino se interna por una zona de matorral con algunos acebuches y encinas, aunque lo que más llamará nuestra atención será los enormes ejemplares de lentisco y cornicabra, de troncos muy gruesos y porte arbóreo. Saldremos finalmente a otro camino de mayor entidad, que atraviesa un pequeño valle cerrado a modo de dolina, sembrado de forraje y con algunas corpulentas encinas. Debemos continuar hacia la izquierda, pasando por la puerta del cortijo de la fuente del Francés, en lamentable estado de abandono.

Si miramos hacia el noroeste veremos una pequeña elevación conocida como “la Sierrezuela”. En su ladera sureste y cercana ya a la parte central de su cresta, se localiza la sima de la fuente del Francés, que tiene un desarrollo total de 103,75 metros y un desnivel total de -32,83 metros. Lo más interesante de esta cavidad son la variedad, cantidad y belleza de sus espeleotemas, algunos de ellos únicos en las Sierras Subbéticas, destacando las de origen cristalogenético, que se presentan en las zonas más profundas en forma de cristales de calcita de considerable tamaño. Para adentrarse en la cavidad con garantías es necesario tener conocimientos sobre descenso por cuerda para superar el pozo inicial de 10,5 metros; y una vez en su interior progresar por algunos lugares también puede llegar a ser peligroso y complicado, por lo que el acceso a esta cavidad está reservado a espeleólogos experimentados.

A través de pequeños fragmentos cerámicos y óseos encontrados en su interior se deduce que la cueva ha podido estar habitada en tres momentos de su historia: La prehistórica, la época hispanorromana y la medieval andalusí. En esta sima se descubrió recientemente una población estable de arañas de la especie *Meta menardi*, que aunque forma parte de la fauna cavernícola típica de la Península Ibérica, no había sido localizada aún en Andalucía.

Nada más pasar el cortijo de la fuente del Francés, llegaremos a una curva de una bien trazada pista terriza, la CP-175 (camino de la fuente del Francés), dependiente del Servicio de Carreteras de la Diputación de Córdoba, que a su vez está levantada sobre un tramo de la vía pecuaria “colada de la Cuesta del Lomo y Dehesilla”. A esta pista se accede más cómodamente desde la carretera CO-7212 a la altura del cortijo de Los López.

Este paraje es rico en manantiales y en yacimientos arqueológicos. En la Base de Datos del Patrimonio Inmueble de Andalucía se citan los asentamientos romanos de “fuente del Francés” (en la misma cuneta del actual camino se observan posibles estructuras de mampostería), “fuente del Francés II” (situado en torno a la cumbre rocosa de un cerro existente al este de la mencionada fuente), y “Haza Colorada” (una ladera de cierta pendiente con una zona superior amesetada donde se encuentra una cisterna de "opus caementicium" de 1,20 metros de anchura que ha sido cortada por el carril). Superficialmente se encuentran numerosos fragmentos de cerámica común, "terra sigillata", téglulas e ímbrices, que evidencian una intensa ocupación.

El manantial se localiza en una vaguada situada en una cerrada curva del camino CP-175, al otro lado del cruce que da acceso al cortijo de la fuente del Francés. Se ve que la fuente antigua, más elevada, ha quedado inservible, dentro de un aprisco de cabras; y el agua es conducida a esta nueva, que dispone de una alberca contigua, que en primavera se muestra repleta de vida. En el fondo se suelen apelonar grupos de sapos comunes (*Bufo bufo*) atareados en el necesario deber de la procreación, y es fácil descubrir culebras viperinas (*Natrix maura*), sapillos pintojos meridionales (*Discoglossus jeanneae*) y ranas comunes (*Pelophylax perezi*). No es la única fuente. A unos 300 metros en dirección sureste, en mitad del olivar, está la fuente del Alberal, cuyas aguas van también a parar a una gran alberca.

El camino CP-175 desciende hacia el valle del arroyo de las Tijeras trazando varias curvas cerradas y ofreciendo buenas vistas de la Sierra Gallinera, que su cara norte presenta un aspecto quebrado y áspero, con paredes de roca caliza casi completamente verticales. “*Monte de los mitos, de la Gallinera enhiesta, que con su mole solitaria y su verde y profundo de*

intrincados arbustos, guarda bajo sus paredes vegetales y pétreas, un mundo de leyendas, que crea siempre la majestad del lugar y lo desconocido de sus recintos subterráneos”, en palabras de Juan Bernier. Viejas leyendas de moros que hablan de una gallina de oro, enterrada con sus huevos dorados y relucientes muchas veces buscados y jamás encontrados; y la de aquel joven aficionado a la espeleología que acabó despeñándose en su intento de explorar una de los muchos cuevas que alberga esta sierra de alto interés ambiental e impronta paisajística.

Al llegar al puente sobre el arroyo Gaena, antes de atravesarlo, debemos tomar un camino que parece que vuelve hacia atrás, y continúa por la margen derecha de dicho arroyo, aguas abajo, y que luego prosigue siguiendo el curso del arroyo de las Tijeras. En realidad se trata de una antigua carretera que la erosión del propio arroyo ha destrozado, como puede comprobarse en la hoja topográfica de Lucena (989) del Instituto Geográfico y Catastral, editada en 1976 pero puesta al día según datos de 1970. Esta vieja carretera con el tiempo se ha convertido en un precioso sendero que, siguiendo el arroyo de las Tijeras, se abre paso entre la Sierra de Gaena y Gallinera, saliendo del término de Carcabuey para penetrar en el de Rute, hasta desembocar en la carretera CO-8213, que conecta la aldea del Nacimiento de Zambra con los poblados de Las Piedras y Palomares.

Al poco de iniciar el sendero llegaremos a las ruinas del cortijo de la Pililla, en un idílico paisaje, entre prados y arbolado. La fuente de cortijo de la Pililla se encuentra junto al muro norte de una de las casas en ruina. Presenta dos pilas adosadas y en su extremo occidental se retuerce el tronco de una vieja higuera.

Caminamos siempre llevando al arroyo a nuestra izquierda, pudiendo descender a su cauce en algunos puntos. Este arroyo de aguas verdes y cristalinas, fluye flanqueado de abundante vegetación de olmos, álamos, fresnos y quejigos; y encajonado entre imponentes estratos de rocas calizas. Nos encontraremos en nuestro camino con zonas donde el terreno ha cedido por la erosión de las lluvias, y habrá que pasar con mucha precaución. Se pueden observar restos del empedrado de la antigua carretera y algunos

contrafuertes en forma de puente, que sirvieron para salvar el desnivel del terreno y que aún conservan los muros quitamiedos característicos de las carreteras de la época.

A pesar de que estas sierras menores de la zona de Gaena, Algar y Zambra están en gran parte invadidas por olivos, en la parte alta y pedregosa de los cerros y en las laderas pendientes de los barrancos, como es el caso del arroyo de las Tijeras, subsisten interesantes manchones de bosque mediterráneo. Así que el sendero, muy estrecho en algunos tramos, se abre paso en entre encinas y acebuches, y un espeso matorral de aulaga, retama, romero, matagallo, jara blanca, aladierno, espino negro, lentisco y cornicabra, entre otras especies del matorral mediterráneo. En primavera, las pedregosas laderas del barranco del arroyo de Tijeras se cubren de amarillo con la floración de los narcisos y se pueden ver algunas orquídeas, entre las que destaca por su abundancia *Orchiscollina*.

El paraje más interesante es el Peñón de la Salina, en cuya base el arroyo ha excavado en la roca su lecho con pozas y pequeños saltos de agua que son utilizadas para el baño por la gente del lugar. A partir de aquí el sendero se transforma en camino terrizo que se adentra en un olivar, hasta llegar a la carretera CO-8213, a unos 100 metros del hotel rural Cortijo de la Prensa.

SIERRA GALLINERA

Interés ecológico

A modo de isla, se levanta entre olivares la pequeña Sierra Gallinera, de unos 1.100 metros de altitud en su punto más elevado. Por toda su cresta se dispone la división de los términos municipales de Carcabuey y Priego de Córdoba; las dos laderas ofrecen aspectos totalmente diferentes

Su vertiente meridional -que presenta menor pendiente, desnudez edáfica y de vegetación, así como ausencia de canchales- denota un carácter más seco y un régimen hídrico mucho más xérico, lo que en principio conlleva peores condiciones de partida para el restablecimiento de la vegetación, compuesta básicamente por un matorral bajo muy espeso, en el que

predomina la aulaga y el romero. En su vertiente septentrional, por el contrario, muestra una fisionomía más abrupta y con presencia de canchales. Presenta un entramado de tajos, abrigos y cuevas, que le confieren un aspecto majestuoso, presentando tres prominencias unidas por collados no muy pronunciados. Aprovechando antiguos derrubios de ladera y una mayor humedad edáfica favorecida por la posición de umbría que ocupa, prosperan pequeñas manchas de bosque mediterráneo bien conservado, con abundantes pies de encinas.

En las partes más elevadas de la Sierra Gallinera, enebros, cornicabras y sabinas recostados sobre el suelo por el empuje de los vientos, dan paso, en la cumbre, a ese matorral espinoso y almohadillado típico de la alta montaña mediterránea, formado por especies tan interesantes como el piorno fino (*Echinopartumboissieri*), el piorno azul o asiento de pastor (*Erinaceaanthylis*) y el pendejo (*Bupleurumspinosum*). Aunque donde se encuentran auténticas joyas botánicas era en los desplomes y tajos calcáreos, refugio de una flora fisurícola rara y escasa. Aquí crece *Centaurea clementei*, destacado endemismo del sur de España y noroeste de África, exclusivo de la Campiña Alta, Subbética y Grazalema, en Andalucía Occidental, que muestra llamativas y voluptuosas hojas de un blanco lanoso. Otra especie curiosa es *Silene andryafolia*, atractiva y robusta colleja también exclusiva de las montañas calcáreas del sur de España y noroeste de África, que crece en roquedos y tajos situados preferentemente en umbrías y por encima de los 1.000 metros de altitud. Aunque sin lugar a dudas la especie más interesante es *Hypochaerisrutea*, uno de los tres endemismos locales del subbético cordobés, o sea, en todo el mundo no se encuentra nada más que aquí y otros picos y sierras cercanas, como Horconera y Albayate.

Con respecto a la fauna, destacan especies adaptadas a medios rupícolas, como el avión roquero, el vencejo real, la collalba negra, o diferentes especies de córvidos. Entre las rapaces, cría el cernícalo vulgar y es frecuente que sobrevuelen la sierra buitres leonados y águilas reales y perdiceras.

Cuevas de la Gallinera

“Bocas tiene la Gallinera por donde en los fríos invernales, el vaho de la tierra espesa sus vapores, en chorros de misteriosas nieblas; agujeros por donde bueyes y cabras han desaparecido sin más rastro, tragados por el mundo de la tiniebla; cuevas, cuyas galerías no tienen fin y cuyos pozos y abismos, han puesto pavor en los pocos que se atrevieron a violar sus recintos”. En un artículo publicado en Diario Córdoba en 1964, Juan Bernier ponía en boca de Gonzalo, el cabrero del cortijo del Toscar y su guía en la Sierra Gallinera, estas palabras que describen claramente el halo de misterio que envuelve esta sierra, donde el Grupo Espeleológico G40 de Priego de Córdoba ha catalogado y explorado hasta el momento un total de 41 cavidades, entre cuevas, simas y abrigos. Desde hace bastantes décadas sierra Gallinera ha sido un objetivo destacable de las actividades espeleológicas a nivel provincial. Como acabamos de ver, en los años 60 del pasado siglo esta sierra fue visitada por los miembros del Grupo espeleológico de Córdoba (GEC) acompañados del poeta y arqueólogo Juan Bernier en representación del Seminario de Historia Antigua de Córdoba. Otro caso interesante es el de la Sección Espeleológica del Grupo de Montaña GULMONT, que nace en el seno de la Universidad Laboral Onésimo Redondo de Córdoba, y que organizó, a primeros de marzo de 1972 y a lo largo de tres días, un campamento bautizado como “Operación Gallinera” con el objetivo de buscar posibles cavidades que fuesen interesantes para su estudio y exploración.

En la ladera Sur, en término de Priego, hay que nombrar como más importantes la cueva de la Majá del Caldero, la cueva de los Inocentes, la cueva Extremadura y la de los Tocinos; mientras que en la ladera opuesta, ya en el término de Carcabuey, están la cueva del Rodaero o del Gorgojo, y la sima del Palenzuelo. De éstas, las más destacadas, tanto en el aspecto histórico como el espeleológico, son la Sima del Palanzuelo y la Cueva de los Tocinos; además son también yacimientos arqueológicos de relevancia. La tradición oral llega, incluso, a conectarlas, afirmando que sus bocas son accesos a una sola cavidad, uniéndose las laderas de la sierra, la de la umbría y la de la solana, de manera subterránea, a través de ellas.

El grupo espeleológico G40 de Priego de Córdoba presentó una interesante comunicación al VIII Simposio Internacional de Exploradores,

celebrado en Marbella en septiembre de 2011, titulado “La cuevas y simas de la sierra de la Gallinera. Leyenda y realidad”, que constituye una magnífica guía para adentrarse en los recintos subterráneos de esta “montaña de los mitos”, como la denominara Juan Bernier. Vamos a centrarnos en las cavidades de la ladera norte, que es la cara que contemplamos durante un buen tramo del itinerario.

La cueva del Rodaero o del Gorgojo se encuentra en la vertiente Noreste de Sierra Gallinera, concretamente en el barranco conocido con el nombre del Rodaero, uno de los pasos naturales que nos permiten ascender sin excesivas dificultades a esta sierra, caracterizada por su complicado tránsito. Se encuentra a una altura de 939 metros sobre el nivel del mar, muy cerca de la línea de cumbre, y a 173 metros de desnivel con respecto a los llanos del cortijo del Molejón, desde donde se inicia el ascenso propiamente dicho. El nombre le viene dado porque, debido a la pronunciada pendiente, las piedras tienden a rodar ladera abajo hasta llegar al canchal que se acumula en su base. Esta cavidad era conocida desde antiguo por los lugareños debido a que es fácil de explorar y no es necesario el uso de cuerdas para su completa visita.

La cavidad cuenta con cuatro niveles superpuestos. Tiene un desarrollo de 133 metros y un desnivel de -23 metros. Su boca, con unas dimensiones de 2 metros de alto por 1.50 de ancho se asemeja a un arco de medio punto, y tras ella se dispone una sala rectangular, que corre paralela a la ladera, de techo abovedado, con unas dimensiones de 6 por 4 metros y que es iluminada al completo por luz natural. Frente a la boca, adentrándose en la sierra se accede a una galería más o menos recta, escalonada y descendente.

La cavidad se halla aún activa y por tanto se aprecia la humedad en casi toda ella, de tal modo que tras una temporada de intensas lluvias se escucha un intenso goteo. Posee gran número de formaciones, no espectaculares, pero algunas de gran belleza, que se concentran en la segunda sala, en la galería final y en las pequeñas salas en las que ésta desemboca, que constituyen la zona más distal de la boca.

Se observan restos de cerámica, posiblemente de época prehistórica y medieval. El hecho de que algunos trozos se encontraran acumulados sobre piedras y de que se detectaran remociones de tierra, indica posibles excavaciones clandestinas. Sobre el suelo se encontraron también algunos restos óseos humanos; y sobre la pared se distinguen una serie de manchas rojas y negras que pudieran corresponder a pinturas rupestres esquemáticas. Esta cueva pudo servir puntualmente como refugio temporal, careciendo de las condiciones óptimas de habitabilidad exigibles en este tipo de espacios.

Por su parte, la sima del Palenzuelo, cavidad conocida desde los orígenes de la espeleología cordobesa, se localiza en la cara Noroeste de Sierra Gallinera, a 960 metros de altitud. El acceso se hace desde el cortijo Mirasivienes, trepando en dirección Suroeste por un olivar con una fortísima pendiente, hacia un farallón rocoso de grandes proporciones en cuya base se ubica un abrigo abovedado de 8 metros de altura por 4 de anchura, justo en el límite entre la caliza y las margocalizas que descienden hasta el arroyo de Las Tijeras. A diferencia de la anterior, la dificultad de la ejecución de esta sima es alta, por lo que para visitarla se ha de dominar con soltura la técnica alpina de progresión vertical por cuerda.

Se trata a grandes rasgos de una diaclasa dividida en dos sectores desprovistos de conexión entre ellos. Tiene un desarrollo de 140 metros y un desnivel de -40 metros. Existen restos arqueológicos documentados en la repisa entre pozos. En concreto aparecieron cerámicas neolíticas y huesos que pueden hacer referencia a algún enterramiento. También se han descubierto, en una hornacina situada en la parte más alta del abrigo de acceso, unas pinturas esquemáticas en rojo muy bien conservadas, con motivos de antropomorfos, cruciformes y manchas.

Tanto la Cueva del Rodaero (con el descubrimiento de posibles nuevas pinturas) como la del Palanzuelo, desde el mismo momento en que se detectó la presencia de las pinturas rupestres mencionadas, fueron declaradas Bien de Interés cultural (BIC).

En 1987 muere en un trágico accidente, en los alrededores de la Sima del Palenzuelo, un joven de Lucena. Según parece buscaba una boca de la de la sima en la parte alta de los cortados. En una placa colocada junto a la misma se puede leer “Aquí yace la ilusión de vivir de un joven de 23 años, Miguel Ángel Artacho Cañadas. Descanse en paz. Tus amigos. Marzo de 1887.” Un aviso para los incautos que “se atrevan a violar los recintos” de Sierra Gallinera.